

CARTAS DEL DIRECTOR

Antonio Abril



Como no podía ser de otra manera, el Día de la Región que se celebró ayer en Guadalajara estuvo marcado por la austeridad. Nada que ver con ediciones anteriores en las que, con ocasión de la celebración de la constitución de las Cortes regionales, se daba una buena "vuelta" a la ciudad o municipio que le tocaba albergar el evento. Y sobre todo en los primeros años de Autonomía en los que, ante la ausencia de una auténtica conciencia regional, el Ejecutivo castellanomanchego movilizaba a un montón de ciudadanos desde todos los puntos de la región al sitio de celebración, tratando de fomentarla.

Aunque la organización salía por un pico, comida gratis para todos, actuaciones relevantes, atractivas corridas de toros, eran ganchos más que suficientes para justificar incómodos desplazamientos que tenían un objetivo claro para quien los organizaba: crear una identidad regional entre provincias, algunas de ellas con pocas o nulas cosas en común.

Esa identidad regional hoy no está en cuestión por lo que esos gastos ya no se justifican y menos en tiempos de crisis.

La austeridad como norma

Están en cuestión las autonomías, y por ende la de Castilla-La Mancha, pero por otras razones, fundamentalmente de financiación, como consecuencia del déficit que las mismas han presentado en los últimos ejercicios, hecho por el que también ha destacado Castilla-La Mancha y que ha derivado en los recortes realizados por el Gobierno de Cospedal desde que se hiciera con la Presidencia en las elecciones pasadas.

Así que, entre tanto recorte, como para haberse extralimitado en organizar un pomposo acto, que estuvo acompañado desde que se iniciara por las protestas en la calle de algo más de un centenar de personas que querían hacer patente su malestar y que "cundían" como si fueran un regimiento.

Es incuestionable que las autonomías han supuesto un factor de igualdad para los territorios por mucho que, como en Castilla-La Mancha, la búsqueda de esa igualdad haya llevado a inversiones sin

sentido y que no se han traducido en un beneficio real para los ciudadanos, sino en una rémora para los intereses económicos de éstos. Pero eso no es un problema que generen las autonomías sino los políticos que las gestionan, que no puede cuestionar que en Castilla-La Mancha nos congratulemos con la celebración del vigésimo noveno aniversario de la región, aún por mucho que la conformación de ésta respondiera en su momento más a intereses políticos que a razones históricas, hecho este felizmente superado hace ya tiempo.

La situación por la que atraviesa nuestra región no es distinta a la del resto de comunidades y del Estado y tampoco es consecuencia de los recortes del Gobierno de Cospedal, tal y como querían dar a entender ese grupo de personas en sus protestas desde la calle. Mas bien, los recortes son consecuencia de la situación. Heredada o no. Y lo que hoy necesita, tanto la región como el Estado, es un pacto entre todas las fuerzas

políticas, al que se sumen además los distintos agentes económicos y sociales, que ayuden a superar esta crítica situación.

Cabe destacar que en el primer Día de la Región que le ha tocado organizar como presidenta regional –en el anterior aún no había tomado posesión y fue organizado por el Gobierno saliente de Barreda– ha elegido Guadalajara, tal vez como reconocimiento a que su victoria se fraguó en esta provincia. Designación que, como no podía ser de otra manera, ha sido totalmente del agrado del todavía presidente provincial, Antonio Román.

También el reconocimiento que en dicho acto ha querido hacer a los familiares de las víctimas del incendio de la Riba de Saelices, a pesar de que hace seis años el Gobierno de Barreda, también lo hiciera. Una decisión aquella no exenta de polémica política. En aquel entonces la entrega de las medallas, por decisión de las familias –sólo acudieron dos–, se adelantó un día, por no mezclarla con la fiesta, y se llevó a cabo en la sede de las Cortes regionales. En esta ocasión, no. Diferencias de criterios que sólo nos cabe respetar.

FIRMA INVITADA

HISTORIAS CALIENTES, por Carlos Baltés



El Museo del Profesor Max de Brihuega

Me sorprendió la primera vez que lo vi. Es un museo, sí, pero es mucho más. Es uno de los ámbitos más interesantes de Brihuega; indudablemente resulta el más insólito, el más sorprendente, el más inesperado. Se trata del Museo de Miniaturas del Profesor Max. Su emplazamiento y la historia de la formación de su colección son verdaderamente misteriosos.

Piensen ustedes que el Museo se encuentra en el antiguo convento franciscano de San José, que está ubicado en el Prado de Santa María, dentro del que fue recinto exterior del Castillo de Peña Bermeja. En su interior destacaría un recoleto claustro, y especialmente, los sótanos y pasadizos que dan a la vega del río Tajuña, que al parecer acogieron en tiempos a antiguas cárceles. El edificio fue también hospital. El Museo, pues, se encuentra en un extremo del casco histórico de Brihuega, en un lugar solitario, aislado de todo ser viviente, y digo bien, porque los seres humanos más cercanos son los que ya reposan eternamente en el cementerio que acoge, en un emplazamiento de gran belleza, el castillo mencionado.

En este lugar pues, lleno de aromas y sensa-

ciones del pasado, ha venido a exponerse la colección del Profesor Max, que ha sido posteriormente continuada con el mismo espíritu inicial del profesor por familiares suyos, entre ellos por su sobrino y actual director del museo, don Javier S. Elegido. Ningún sitio mejor para acoger la colección del Profesor Max. ¿Por qué digo esto se preguntarán ustedes? La respuesta está en la personalidad del Profesor Max, nacido en Brihuega, pero con vocación cosmopolita. Fue un estudioso del alma humana y conocedor también del cuerpo a través de sus estudios de medicina. Con sus saberes especiales, acumulados a lo largo de los años, se decidió por una vida internacional para llevar el misterio y la fantasía a todos los públicos, convirtiéndose en uno de los mentalistas más conocidos del mundo. No sólo actuaba en los teatros más importantes de Europa y América, sino que ayudaba en casos decisivos a la policía y en cuestiones muy privadas a particulares. Su impactante presencia imponía en los escenarios: muy alto, siempre impecablemente vestido de frac y con una eterna sonrisa en los labios. Es verdad que a veces empleaba trucos de ilusionista, pero el poder de su mente siempre estaba presente y su capacidad

de hipnosis era portentosa. Sin embargo, determinadas experiencias que realizaba no tenían explicación racional ninguna. Se comentaba del Profesor Max que algunas de sus experiencias, que solamente él podía realizar, sólo podían explicarse a través de un pacto con fuerzas del más allá... Murió inesperadamente en un accidente automovilístico en 1975 y desde entonces reposa en el cementerio cercano al museo.

¿Se podría pensar que su espíritu revolotea por el museo de las miniaturas que él coleccionó con tanta dedicación? Posiblemente. A él le gustaría estar cerca de esa colección que recoge sus gustos: casas de muñecas, atmósferas neblinosas en miniatura, objetos increíbles, etc. Todo su mundo está presente en el museo. Su imagen, con su enigmática sonrisa, recibe al visitante invitándole a contemplar sus colecciones inverosímiles. Sí, en este museo vive el misterio y la fantasía de un genio. El director del museo me ha comentado que al anochecer, cuando se cierran las puertas del museo, siente que no está solo. ¿Quién le acompaña en el inmenso edificio que fue cárcel, que fue hospital, que fue convento, y que hoy es el museo del Profesor Max? ¿Quién?